

Lodo

“

La mayoría de la gente joven es talentosa: el talento en ellos es una enfermedad venérea

”

— BERTOLT BRECHT

¡Tiren ese edificio!

TEXTO: GUILLERMO FADANELLI

¿Cómo puede ser posible la convivencia entre lo viejo y lo nuevo?, me pregunto. Y me respondo casi de inmediato, pero si lo viejo y lo nuevo son la misma cosa, sillas para tener un lugar en el tiempo. Esta respuesta no deja a nadie satisfecho, por supuesto: ¿qué le decimos a ese político que, sin la aprobación de su comunidad, ordena remodelar la plaza central porque le parece anticuada? Este es un problema real. ¿Qué debemos conservar de lo antiguo? ¿Qué novedades deben tener lugar en el espacio público? Por desgracia, la opinión de la comunidad no siempre es sabia: yo temblaría si aquellos que sólo ven televisión (en detrimento de otras formas de conocimiento o entretenimiento) tuvieran que decidir sobre lo que es conveniente o no para la ciudad: quizás harían una gran obra de arte pop, pero habitarla sería imposible. En contraparte, los especialistas en arquitectura, en urbanismo, en arte tendrían que tomar en cuenta que las ciudades no son museos, sino espacios que habitan seres humanos. Lo que parece viejo no siempre lo es: cuántas veces no he escuchado a un joven discutir usando argumentos que fueron novedosos hace varios siglos. Y por el contrario, he leído ensayos escritos por un hombre mayor de noventa años que son de una actualidad indudable. Seres maliciosos, bondadosos, idiotas, anti-páticos, inteligentes los encuentra uno de casi todas las edades. Tirar una casa para construir una nueva, no es siempre señal de progreso, ni nada por el estilo. Si un mural que fue pintado hace ochenta años debe ser demolido, es una pregunta que requiere más de una respuesta razonada. Antes de ponerse a dar martillazos habría que hacerse varias preguntas más: ¿quién lo pintó? ¿Es de interés público? ¿Tiene sentido su presencia? ¿Da mala suerte?

Como mis hermanos no querían jugar canasta uruguaya con mi abuela porque se aburrían o lo consideraban un juego de ancianos, yo tomaba su lugar y a mis quince años me pasaba horas en la mesa tallando la baraja: a fin de cuentas eran la pericia, la malicia y la gracia, los condimentos que le daban sentido al juego, no que éste fuera nuevo o viejo. De mi abuela escuchaba sólo historias interesantes, en cambio mis amigos de la cuadra decían las mismas estupideces



FOTO: CORTESÍA DEL AUTOR

que yo. Es seguro que quien persigue obsesivamente la novedad o la moda termina exhausto y con las manos vacías (de eso trata en realidad este asunto). La moda recuerda a la muerte porque esa es justamente su esencia, el brillar un poco antes de morir.

No es verdad que la novela de un autor joven nos dé noticias sobre las preocupaciones de una nueva generación, esas son falacias, así como tampoco las novelas de Bashevis Singer deben ser arrojadas al cesto de basura porque, supuestamente, narran un mundo que ya ha sucedido. El mismo escritor judío, Bashevis Singer, aclara el asunto de manera sencilla: “un escritor debe tener raíces. Pero nadie se sienta a escribir con la idea de continuar una tradición”. Uno siempre tiene raíces,

otra cosa es que se dedique a cuidarlas. En tanto los hombres modernos continúan jugando a ser eternos, pueden intentar, si son capaces, que los jóvenes coman en la mesa de sus muertos. (Qué frustrante ha sido para mí después de tantos años descubrir que la vanguardia, esa liebre que nos hace correr desesperados, es más falsa que un árbol de plástico. Quien va a la vanguardia está sentado en el excusado, quiero decir que no se mueve un centímetro y sólo produce ruidos desagradables).

Que los jóvenes coman en la mesa de sus muertos. Así es: en la fotografía de esta página aparece una parte de la ampliación que el arquitecto chino I.M. Pei hizo al viejo edificio que alberga el Museo de Historia Alemana, en Berlín, no es una solución extraordinaria, ni mucho menos, pero es un ejemplo sencillo de que es posible que lo nuevo tenga su lugar sin arrumbar a los viejos en el sótano. No con el afán de ser moralista, pero diría que todos tenemos derecho a una silla desde donde contemplar esa enorme mentira que es el tiempo. •

GUILLERMO FADANELLI

Ciudad de México, 1964. Narrador y ensayista. Sus libros más recientes son *Educación a los topes* y *Plegarias de un inquilino*, publicado por Cal y Arena.